

Terruco de m...

Insulto y estigma en la guerra sucia peruana*

CARLOS AGUIRRE

Universidad de Oregon

caguirre@uoregon.edu

RESUMEN

Este artículo explora la breve pero intensa historia de la palabra terruco, un término coloquial que se usa como sustituto de terrorista. En particular, se intenta demostrar que el uso de terruco como un insulto, aunque en principio dirigido a los miembros de los grupos alzados en armas, contribuyó decisivamente, durante los años de la guerra sucia e incluso en tiempos más recientes, a estigmatizar a distintos sectores de la población peruana, incluyendo a defensores de derechos humanos, familiares de detenidos y otras víctimas de la violencia política, y personas de origen indígena en general. Su uso recurrente en sesiones de tortura y en episodios de violación sexual añade una dimensión adicional a la conexión

* Una versión preliminar de este ensayo fue presentada en la Universidad de Washington, en Seattle (febrero de 2010), y en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid (octubre del mismo año). Agradezco a María Elena García y Tony Lucero en Seattle y Víctor Peralta y Marta Irurozqui en Madrid por su invitación, hospitalidad y acertados comentarios. Otros asistentes a esos eventos ofrecieron también críticas y sugerencias. José Luis Rénique leyó una versión preliminar y sus comentarios fueron muy estimulantes. A todos ellos mi agradecimiento.

entre el término terruco y la práctica generalizada de formas de abuso y violencia que fueron consideradas, por muchos peruanos, necesarias y hasta legítimas durante los años del conflicto armado interno.

Palabras clave: *terrorista, tortura, guerra sucia, derechos humanos, Sendero Luminoso*

ABSTRACT

This article explores the short but intense history of the word terruco, a colloquial term which is used as a substitute for terrorist. In particular, the article aims to show that the use of terruco as an insult, although originally aimed at members of groups in arms, contributed decisively during the years of the dirty war and even in recent times, to stigmatize sectors of the Peruvian population, including defenders of human rights, relatives of those detained and other victims of political violence, and in general persons of Indian origin. Its frequent use in torture sessions and episodes of sexual assault added an additional dimension to the connection between the term terruco and generalized forms of abuse and violence which were considered by many Peruvians as necessary and even legitimate during the years of internal armed conflict.

Key Words: *Terrorist, Torture, Dirty war, Human rights, Shining Path*

Las palabras siguieron un itinerario paralelo a las muertes. “Senderista” fue sustituido por “terrorista” y esta palabra con el tiempo fue sinónimo de “ayacuchano”, que a su vez equivalía a cualquiera que fuese indio o mestizo, anduviera mal vestido, usara deficientemente el castellano... Decirse ayacuchano era admitirse incurso en la ley antiterrorista.

Alberto Flores Galindo¹

La historia social del lenguaje —como ha observado, entre otros, Peter Burke— contribuye a iluminar de múltiples maneras la historia de las sociedades humanas.² El lenguaje nos permite aprehender el mundo que nos rodea y desempeña un rol central en la «construcción social» de la realidad. Pero el lenguaje es también un arma en el ejercicio del poder y la resistencia, un instrumento que puede ser utilizado tanto por los dominadores como por los subalternos. El estudio de la invención, transformación y desaparición de palabras, frases coloquiales, formas de expresión y comunicación, artificios retóricos y préstamos lingüísticos nos ayuda a entender cabalmente las experiencias concretas de los seres humanos a través de la historia, la transformación de las sociedades en el tiempo y las dimensiones culturales de las formas y luchas de poder. Trabajos recientes sobre blasfemia, insultos raciales y de género, rumores, injurias, calumnias y muchas otras formas de expresión verbal, nos ofrecen nuevas maneras de aproximarnos a los patrones de interacción social y las estructuras de dominación y resistencia.³ Los insultos verbales

¹ Flores Galindo, Alberto. *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*. Lima: SUR, Casa de Estudios del Socialismo, 2005, p. 364.

² Burke, Peter y Roy Porter (eds.). *The Social History of Language*. Nueva York: Cambridge University Press, 1987.

³ Sobre blasfemia en el México colonial, ver Villa-Flores, Javier. *Dangerous Speech: A Social History of Blasphemy in Colonial Mexico*. Tucson: University of Arizona Press, 2006; sobre injurias verbales y calumnias en Cajamarca, consultar Christiansen, Tanja. *Disobedience, Slander, Seduction, and Assault Women and Men in Cajamarca, Peru, 1862-1900*. Austin: University of Texas Press, 2004. Uno de los epítetos más ofensivos en la historia de Estados Unidos es estudiado en Kennedy, Randall. *Nigger: The Strange Career of a Troublesome Word*. Nueva York: Vintage, 2003. Un valioso estudio sobre

y sus diferentes significados pueden ser utilizados como una ventana para explorar dimensiones más amplias de las sociedades de ayer y de hoy. Como escribió Randall Kennedy en su estudio sobre el uso de la palabra *nigger* en Estados Unidos: «si *nigger* representara solo un insulto y estuviera asociado solo con las emociones raciales [...] esa palabra no sería lo suficientemente interesante como para justificar un estudio extenso. *Nigger* es [una expresión] fascinante precisamente porque ha sido usada de varias maneras y porque puede irradiar una amplia gama de significados».⁴

Pero ¿qué es un insulto? Según el diccionario de la Real Academia Española, insultar es «ofender a alguien provocándolo e irritándolo con palabras o acciones».⁵ Burke ha sugerido que los insultos son «la mejor manera de aniquilar la reputación de las víctimas, de producir su destrucción social».⁶ Pero el insulto, como sostiene Jean Franco, no es solo una palabra que acompaña un acto violento, «es un acto verbal performativo, en el que la palabra consigue convertirse en acción».⁷ La mayoría de insultos está relacionada con la condición racial, nacional, religiosa, sexual y de género de individuos y grupos. Esta constatación no resulta sorprendente, dada la influencia que esas condiciones tienen en la manera como la gente se identifica a sí misma e identifica a otros. Si el objetivo es hacer daño, desacreditar o destruir la autoestima y reputación de alguien, los insultos raciales y de género parecen ser los más frecuentes y efectivos.⁸

el rumor en la Francia prerrevolucionaria es el de Farge, Arlette y Jacques Revel. *The Vanishing Children of Paris: Rumor and Politics before the French Revolution*. Cambridge: Harvard University Press, 1993.

⁴ Kennedy, *Nigger*, p. 34.

⁵ Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Vigésimo segunda edición. Madrid: Espasa Calpe, 2001, p. 1287.

⁶ Burke, Peter. *The Art of Conversation*. Ithaca: Cornell University Press, 1993, p. 27.

⁷ Franco, Jean. «Alien to Modernity: The Rationalization of Discrimination». *A Contracorriente*. 3/3 (2006), p. 2.

⁸ Naturalmente, hay otros tipos de insultos, incluyendo aquellos de carácter político, aunque la diferencia entre un insulto por motivos políticos y una simple acusación no resulta muy clara. Términos como «comunista», «revisionista», «terrorista», «extremista» o «reaccionario», por ejemplo, pueden haber —y de hecho han— sido utilizados

Los insultos producen y refuerzan los estigmas sociales y culturales. La palabra estigma, como escribió Erving Goffman en un ya clásico estudio, se originó en la antigua Grecia y se refería a «marcas corporales designadas para revelar algo inusual y negativo acerca del estatus moral del portador». ⁹ En la época contemporánea, sugiere Goffman, el término «es aplicado más a la propia ignominia que a la evidencia corporal de ella». ¹⁰ El estigma resulta de nuestro deseo de «categorizar», especialmente al «extranjero» o «foráneo» (hoy lo llamaríamos «el otro»), quien, debido a ciertas características consideradas indeseables, «es reducido, en nuestra percepción, de una persona entera y normal a una infectada y devaluada». ¹¹ Como resultado de esta operación de devaluación, continúa Goffman, terminamos creyendo que «la persona con un estigma no es propiamente humana». ¹²

El proceso de estigmatización de determinados grupos humanos a lo largo de la historia es un fenómeno social muy complejo, en el que juegan un rol decisivo elementos políticos, culturales y lingüísticos. Lo que importa resaltar para efectos de este artículo es que el proceso de «marcar» lingüísticamente por medio del insulto y el abuso verbal ha contribuido decisivamente a la estigmatización de individuos y comunidades a través de la historia, incluidos esclavos, grupos raciales, minorías sexuales, criminales, opositores políticos, inmigrantes y muchos otros. Este tipo de «marca» —ya no corporal, sino verbal— permite fijar atributos (casi siempre más imaginarios que reales) sobre quienes son sus víctimas y refuerza las imágenes y estereotipos negativos que constituyen un ingrediente central de la estigmatización.

como insultos y ciertamente han contribuido a destruir o afectar la reputación de quienes los recibieron, pero no es siempre fácil identificar la diferencia entre su uso como acusaciones (o simples descripciones) en torno a la conducta política de ciertas personas y la intención de utilizarlas como ofensas contra su carácter moral o intelectual.

⁹ Goffman, Erving. *Stigma. Notes on the Management of Spoiled Identity*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1963, p. 1.

¹⁰ *Ib.*, pp. 1-2.

¹¹ *Ib.*, p. 3.

¹² *Ib.*, p. 5.

En el Perú contemporáneo, el repertorio de insultos es extremadamente diverso. Aunque carecemos de estudios sobre estas prácticas, los más comunes parecen ser los raciales: «cholo», «serrano», «indio» o «negro» son expresiones usadas cotidianamente para referirse de manera despectiva a las personas de origen indígena o afrodescendientes.¹³ El uso de nombres de animales como insulto contra personas de estos grupos es también bastante común: «llama», «guanaco» o «gallinazo», por citar algunos ejemplos. Insultos relacionados con la supuesta orientación o conducta sexual de las víctimas son amplia y cotidianamente utilizados: «maricón», «rosquete» o «puta». Otros tipos de insultos se refieren a las supuestas deficiencias intelectuales de las víctimas («tarado», «huevón»), a algunas características físicas («enano», «cojo») o a su estatus sociocultural («atorrante», «cagón»).¹⁴ En todos estos casos, el insulto se torna mucho más agresivo cuando se le agrega una extensión comúnmente usada: «indio de mierda», «serrano de mierda» o «maricón de mierda» pueden mencionarse entre las más serias ofensas que alguien puede lanzar sobre otra persona.

La historia del insulto y el abuso verbal en el Perú es una tarea pendiente.¹⁵ Resultaría fascinante emprender una reconstrucción de los múltiples y cambiantes usos y significados de términos como aquellos mencionados anteriormente y otros que han perdido vigencia o que ya no conllevan la misma carga despectiva que en otro momento tuvieron, como «criollo», «chapelón», «cachaco», «rábano» (expresión probablemente de origen aprista para referirse a un militante comunista) y muchos otros. Durante el más reciente periodo de violencia política en el Perú (1980-2000), el uso de insultos fue un ingrediente central

¹³ El artículo de Cecilia Méndez en este mismo número de *Histórica* ofrece una valiosa y sugerente aproximación a la historia del término «serrano», que se usa para designar a los pobladores de origen indígena.

¹⁴ Hevia, Julio. *¡Habla, jugador! Gajes y oficios de la jerga peruana*. Lima: Taurus, 2008. El texto incluye un glosario de la jerga peruana contemporánea (pp. 289-344), en el que se pueden encontrar muchos de estos insultos.

¹⁵ Un trabajo pionero sobre estos temas es el de Carrión, Enrique. «De la campaña verbal durante la independencia». *Boletín del Instituto Riva-Agüero*. 12 (1982-1983), pp. 41-60. Ver también Klaiber, Jeffrey. «Los “cholos” y los “rotos”: actitudes raciales durante la Guerra del Pacífico». *Histórica*. II/1 (julio 1978), pp. 27-37.

no solo de la guerra misma, sino también de la manera como la sociedad reaccionó al devenir de la violencia. El insulto acompañó sistemáticamente las acciones de violencia y maltrato que se dieron por parte de todas las fuerzas en contienda. Salomón Lerner, quien fuera presidente de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), llamó nuestra atención sobre este aspecto a veces ignorado de la guerra sucia: «El insulto racial —el agravio verbal a personas desposeídas— resuena como abominable estribillo que precede a la golpiza, al secuestro del hijo, al disparo a quemarropa».¹⁶ La conexión entre abusos flagrantes de derechos humanos y el uso extendido de insultos (raciales y de otros tipos) no es casual: tiene que ver con el proceso de estigmatización a que nos hemos referido anteriormente. Insultos tales como «perros» y «perras» fueron usados constantemente tanto por Sendero Luminoso como por miembros de las fuerzas del orden para referirse a sus «enemigos». La deshumanización del contrario es parte sustancial de una guerra. El insulto se convierte también en un arma de combate.

Este artículo explora la breve pero intensa historia de un término de reciente invención, «terruco», un neologismo peruano que se emplea como sustituto coloquial de «terrorista». El término empezó a utilizarse poco después del comienzo de la lucha armada protagonizada por el Partido Comunista del Perú, conocido como Sendero Luminoso, en mayo de 1980. Su uso fue extendido a lo largo de las décadas de 1980 y 1990, y aunque ha declinado considerablemente desde que Sendero Luminoso fue derrotado militarmente, todavía se emplea hoy para denominar a reales o supuestos integrantes de grupos armados y para intentar desacreditar a personas que tienen posiciones políticas progresistas o de izquierda, a organismos e individuos comprometidos con la defensa de los derechos humanos, e incluso a personas de origen indígena por el solo hecho de serlo. Este artículo sugiere que el uso insidioso y al mismo tiempo coloquial del término sirvió para reforzar y

¹⁶ Lerner, Salomón. «Discurso de presentación del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación», 28 de agosto de 2003. En <<http://www.cverdad.org.pe/ifinal/discurso01.php>>.

«naturalizar» la asociación entre «terrorista» (esto es, alguien sospechoso de pertenecer a uno de los dos grupos armados que operaban en el Perú, Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru) y la población de origen indígena, es decir, «indios» o «serranos». Esta asociación lingüística reforzó la idea de que las personas de origen indígena eran sospechosas por naturaleza de ser integrantes o al menos simpatizantes de los grupos armados. Se hizo bastante común que peruanos nacidos en Ayacucho, por ejemplo, fueran llamados coloquialmente, incluso por sus propios amigos, «terrucos».

En el imaginario de una porción importante de la población peruana, por lo tanto, la palabra «terrucos» sugería la imagen de personas de extracción indígena que cometían actos de violencia sanguinaria que, a su vez, revelaban (es decir, confirmaban) su condición de individuos hipócritas, fanáticos, traidores, antipatriotas e incluso subhumanos. Por ende, no eran merecedores de ninguna consideración y menos aún de los derechos civiles y legales que todo ciudadano tiene garantizados según la Constitución y las leyes. Naturalmente, no todos los terroristas eran de extracción indígena, pero sostengo aquí que el uso extensivo de la palabra «terrucos», como ocurre con tantos otros insultos, tuvo precisamente el efecto de estigmatizar a los reales o potenciales terroristas, sugiriendo implícitamente que eran serranos o, en cualquier caso, tan inhumanos y salvajes como los serranos. Esta asociación entre conducta política, accionar criminal, condición étnica y cualidades morales e intelectuales cuestionables, a su vez, ayudó a implementar y justificar formas brutales de represión antisubversiva, que incluyeron detenciones arbitrarias, tortura y asesinato de hombres y mujeres acusados de pertenecer a los grupos armados.

LA GUERRA SUCIA¹⁷

Sendero Luminoso, oficialmente el Partido Comunista del Perú, una organización de carácter maoísta nacida de las múltiples divisiones en

¹⁷ Esta breve sección sobre la guerra interna no aspira a otra cosa que a ofrecer un rápido recuento de ella para los lectores no familiarizados con este periodo de la historia

la izquierda peruana de los años sesenta, dio inicio a su lucha armada el 17 de mayo de 1980 en el pueblo ayacuchano de Chuschi. La ruptura sino-soviética de comienzos de la década de 1960 dio lugar a la formación de partidos o facciones maoístas en el Perú, incluyendo Bandera Roja, que sufriría a su vez una importante escisión en 1970 cuando Abimael Guzmán, profesor en la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, en Ayacucho, encabezó un grupo disidente que luego daría lugar a Sendero Luminoso (SL). Dicha institución fue el centro inicial de operaciones de esta facción, y Guzmán llevó a cabo un intenso esfuerzo de proselitismo entre profesores y estudiantes. A lo largo de la década de 1970, tuvo lugar un proceso de preparación ideológica y militar con vistas al inicio de la lucha armada. La ideología de SL, conocida entre sus seguidores como «Pensamiento Gonzalo» (el nombre que usaba Guzmán en la clandestinidad), combinaba la doctrina de Mao con las ideas de José Carlos Mariátegui. Postulaba que la sociedad peruana estaba caracterizada por «una situación semifeudal, un capitalismo burocrático y un dominio imperialista»; proponía la lucha armada como la única vía para destruir el Estado y las clases dominantes; y señalaba al «ejército guerrillero popular» como el instrumento para llevar adelante dicha misión.¹⁸

El 17 de mayo de 1980, en la víspera de las primeras elecciones presidenciales en el Perú desde 1963, que habrían de poner fin a una dictadura militar de doce años (1968-1980), SL anunció el comienzo de su revolución armada atacando un centro de votación en Chuschi

peruana. La bibliografía sobre Sendero Luminoso y la guerra sucia es abundante, así que me limitaré a recomendar los trabajos de Carlos Iván Degregori, especialmente *El surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho, 1969-1979*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1990, y *Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y el conflicto armado*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2011. Entre los aportes más recientes sobre los orígenes y desarrollo de la guerra interna, están los libros de Heilan, Jaymie. *Before the Shining Path: Politics in Rural Ayacucho, 1895-1980*. Stanford: Stanford University Press, 2010; González, Olga. *Unveiling Secrets of War in the Peruvian Andes*. Chicago: University of Chicago Press, 2011; y La Serna, Miguel. *The Corner of the Living: Ayacucho on the Eve of the Shining Path Insurgency*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2012.

¹⁸ «Entrevista al Presidente Gonzalo» (1988). En <http://www.solrojo.org/pcp_doc/pcp_0688.htm>.

e incendiando ánforas electorales. Inicialmente considerado por autoridades y comentaristas como un fenómeno pasajero, cuando no una aventura sin sentido, SL empezó a crecer entre la población ayacuchana urbana y rural, y luego continuó expandiéndose hacia el resto del país. SL buscaba agudizar la polarización de la sociedad peruana de modo que para la población no quedase más remedio que optar entre el apoyo a un Estado crecientemente represivo y antipopular y el proyecto revolucionario representado por Guzmán y sus seguidores. Cualquier postura intermedia o cualquier solución a la crisis que supusiera una negociación —con el Estado o con otras fuerzas políticas y sociales— no solo eran descartadas por SL, sino que eran enfrentadas con dureza, apelando incluso a la violencia más letal. Así, sindicatos, asociaciones de vecinos, ONG y muchas otras organizaciones de la sociedad civil que no se plegaban a la lógica violentista y autoritaria de SL terminaban siendo también víctimas de sus ataques. Dicha agrupación empleó sistemáticamente el terror para imponer su proyecto: atentados dinamiteros contra personas o edificios, asesinatos selectivos, masacres indiscriminadas de campesinos e intimidación fueron tácticas recurrentes. Esta estrategia parecía dar resultados: SL continuó expandiéndose a lo largo de la década de 1980, y hacia comienzos de los años noventa su accionar se había multiplicado y operaba en prácticamente la totalidad del territorio peruano. SL se había convertido en una verdadera amenaza para el orden establecido.

En 1984 hizo su aparición otro grupo armado, el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA), una guerrilla de corte más clásico inspirada en el modelo cubano y las tácticas guevaristas. Pese a algunas acciones espectaculares —el asesinato del ministro de Defensa Enrique López Albújar en enero de 1990, la fuga de presos de esta agrupación del centro penal Miguel Castro Castro en julio del mismo año, o el secuestro de cientos de personas en la residencia del embajador de Japón en diciembre de 1996—, el MRTA fue mucho menos eficaz que SL en su enfrentamiento con el Estado peruano. Al mismo tiempo, su empleo de la violencia y el terror fue menos ostensible que en el caso de SL.

El Estado y las llamadas fuerzas del orden respondieron a la insurgencia de SL y el MRTA con una mezcla de brutalidad e ineficiencia, nacida

esta, en parte, de su incapacidad para entender la naturaleza de esos fenómenos, especialmente el accionar de SL. Eso condujo a la implementación de una política antsubversiva cuyo eje principal radicaba en el uso de la represión indiscriminada contra los grupos armados y las poblaciones civiles que, en su percepción, eran el caldo de cultivo del accionar subversivo. Las fuerzas del orden, a lo largo de los regímenes de Fernando Belaúnde Terry (1980-1985), Alan García (1985-1990) y Alberto Fujimori (1990-2000), recurrieron sistemáticamente a prácticas como la tortura, desaparición forzada, asesinatos, masacres, violaciones sexuales y muchas otras formas de abuso contra los derechos humanos. Miembros de los grupos alzados en armas y peruanos y peruanas inocentes fueron víctimas del accionar represivo del Estado. Las fuerzas del orden buscaban ganar la guerra a cualquier costo, y eso implicaba competir con los grupos armados en el uso de tácticas de intimidación contra la población civil. En esa tarea, el respeto a la ley y la observancia de los derechos humanos y la dignidad de las personas eran vistas como obstáculos. La lógica de la guerra sucia terminó por imponerse.¹⁹

El reporte de la CVR, emitido en 2003, concluyó que cerca de setenta mil personas perdieron la vida durante este periodo de violencia política. SL fue señalado como responsable del 54% de esas muertes. Las víctimas de la guerra incluyen también a inocentes detenidos y torturados, poblaciones desplazadas, huérfanos y viudas. 75% de las personas que perdieron la vida (o fueron desaparecidas) como producto de la violencia política durante esos años fue de origen indígena.²⁰ En los departamentos andinos, como Ayacucho, la mortalidad fue altísima, y comunidades enteras fueron aniquiladas u obligadas a huir bajo el riesgo de sufrir los ataques de SL o las fuerzas del orden.

¹⁹ Flores Galindo, Alberto. «La guerra silenciosa». En Flores Galindo, *Buscando un inca*, pp. 351-366.

²⁰ Comisión de la Verdad y Reconciliación (en adelante CVR). *Informe final*. Lima, 2003, t. VIII, pp. 108 y 246. Los números de las páginas donde aparecen las citas tomadas del *Informe final* corresponden a la versión digital (PDF) del mismo y no a la versión impresa.

DE TERRORISTA A TERRUCO

Cuando se inicia la lucha armada de SL, analistas y observadores de la situación política se mostraron desconcertados. La aparición de SL fue «una especie de rayo en cielo despejado», según la memorable frase de Alberto Flores Galindo.²¹ «Apagones y petardos parecieron habernos cegado y ensordecido, bloqueándonos para el análisis de un fenómeno tan importante», escribió Carlos Iván Degregori en tono irónico muchos años después.²² Algunos observadores consideraron a SL como un movimiento mesiánico andino; otros, una guerrilla marxista inspirada en el modelo cubano; y otros, un simple grupo de fanáticos aventureros que serían fácilmente controlados por la acción de las fuerzas policiales. Pero lo cierto es que, como sugiere el comentario de Degregori, y como él ha analizado en su balance sobre la producción académica en torno a SL, no hubo en esos primeros años demasiado interés en comprender el fenómeno, más allá de unos cuantos artículos periodísticos.²³ Mientras tanto, conforme fue creciendo el accionar de SL y sus ataques se hicieron cada vez más letales, el grupo y sus militantes empezaron a ser denominados casi unánimemente en el discurso oficial y mediático, pero también en el habla cotidiana, como «terroristas», un adjetivo que también sería usado para referirse al MRTA una vez que este grupo inició sus acciones en 1984. El uso de otras posibles denominaciones —revolucionarios, guerrilleros, combatientes o insurgentes— fue prácticamente abandonado bajo el criterio de que dichos términos conllevaban una connotación positiva y atribuían a los grupos levantados en armas una especie de idealismo, el cual, según la visión oficial, no poseían. Como notó Nelson Manrique, una manera de bloquear el debate sobre los grupos armados, sus motivaciones, sus agendas y las causas detrás de su insurgencia era precisamente llamarlos «terroristas».²⁴ Esta manera de denominarlos, sugirió Flores Galindo,

²¹ Flores Galindo, *Buscando un inca*, p. 339.

²² Degregori, *Qué difícil es ser Dios*, p. 45.

²³ *Ib.*, pp. 45-46.

²⁴ Manrique, Nelson. «La década de la violencia». *Márgenes*. 5-6 (1989), p. 137.

convirtió a los senderistas en puros criminales: «no eran guerrilleros ni combatientes de una causa política». La conclusión, en el contexto de una sociedad como la peruana, que ha tratado siempre a sus criminales como seres subhumanos, era obvia: «¿Qué trato se debía otorgar a los criminales? La sociedad necesita protegerse, para lo que hace falta extirpar los tumores que la amenazan».²⁵ Los terroristas, por lo tanto, tenían que ser, literalmente, eliminados.

El término «terrorista» empezó a usarse consciente y deliberadamente, tanto para estigmatizar a quienes eran considerados sospechosos de ser miembros o simpatizantes de los grupos subversivos como para infundir miedo entre la población civil. Una activista entrevistada por Jo-Marie Burt en 1994, al ser preguntada por qué no había movilizaciones y protestas contra el gobierno de entonces, presidido por Alberto Fujimori, contestó sin dudar: «quien habla es terrorista», es decir, quien se atrevía a levantar la voz para protestar podía ser imputado como terrorista y sufrir las consecuencias.²⁶ Aunque este testimonio se refiere a la década de 1990, sirve para subrayar los efectos que el uso extendido de la acusación de «terrorista» tuvo sobre amplios sectores de la población: el miedo a ser considerado y tratado como tal. Infundir ese miedo fue, sin duda, uno de los objetivos de la política contrainsurgente del Estado peruano. A lo largo de todo el periodo de guerra interna, el uso del término «terrorista» para desacreditar a opositores políticos fue constante. Activistas a favor de los derechos humanos, por ejemplo, fueron acusados de terroristas y tratados como tales prácticamente desde que se inició el conflicto.

El término «terrorista» pronto dio lugar a una forma más coloquial: «terrucu». ¿Cuándo y dónde empezó a usarse la palabra «terrucu»? No es una tarea fácil responder con precisión a esta pregunta. La evidencia disponible sugiere que el término se origina en la zona de Ayacucho, allí donde SL inició sus acciones armadas. En una carta escrita el 25 de enero

²⁵ Flores Galindo, *Buscando un inca*, pp. 357-358.

²⁶ Burt, Jo-Marie. *Political Violence and the Authoritarian State in Peru: Silencing Civil Society*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2007, p. 190.

de 1983, apenas un día antes de ser asesinado junto con siete colegas suyos en la comunidad de Uchuraccay, el periodista Willy Retto describió el área hacia la cual se estaban dirigiendo en los siguientes términos: «Dicen [que] esa zona es liberada, o sea, zona de Sendero, “terrucos” como aquí les dicen».²⁷ Retto era de Lima, y su comentario sugiere que él, el destinatario de la carta, o ambos, no estaban familiarizados con el uso del término o, si lo estaban, sabían que había sido inventado por residentes de las comunidades ayacuchanas («como aquí les dicen»). En una entrevista con comuneros de Uchuraccay, publicada en *El Diario de Marka* el 31 de enero de 1983, solo cinco días después de la masacre, el periodista Luis Morales le preguntó a uno de ellos por qué habían asesinado a los periodistas. Su respuesta fue: «Porque los “terrucos” no nos dejan». No es trivial anotar que Morales pone la palabra *terrucos* entre comillas, probablemente para realzar el hecho de que se trataba de una expresión coloquial utilizada por el entrevistado y que posiblemente él mismo no hubiera empleado.²⁸ En el cuento «Vísperas» de Luis Nieto Degregori, publicado originalmente en 1989, pero que se refiere a hechos ocurridos a comienzos de la década de 1980, el autor se refiere a la violencia desatada por los «terrucos» para, a continuación, aclarar

²⁷ Mejía Alarcón, Roberto (ed.). *Uchuraccay. La tragedia del 26 de enero de 1983*. Lima: Asociación Nacional de Periodistas del Perú, 2008, p. 68. Sobre la llamada «masacre de Uchuraccay», ver también Vargas Llosa, Mario, Abraham Guzmán Figueroa y Mario Castro Arenas. *Informe de la Comisión Investigadora de los sucesos de Uchuraccay*. Lima: Editora Perú, 1983; CVR, *Informe final*, t. V, pp. 88-126; y Del Pino, Ponciano. «Uchuraccay: memoria y representación de la violencia política en los Andes». En Degregori, Carlos Iván (ed.). *Jamás tan cerca arremetió lo lejos: memoria y violencia política en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2003, pp. 49-93.

²⁸ Mejía Alarcón (ed.), *Uchuraccay*, p. 101. Aún en 1985, en un artículo publicado en *El Comercio* el 31 de marzo como parte de un informe más extenso sobre SL, se reportó que los campesinos andinos «optan por abandonar sus comunidades para ponerse fuera del alcance de los “terrucos”», lo que implicaba una vez más, por el empleo de las comillas, que el término era usado por los propios campesinos y no por el reportero. Cit. en Peralta, Víctor. *Sendero Luminoso y la prensa. 1980-1994*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, 2000, p. 88.

que así era «como llamaban a los de Sendero los habitantes de la ciudad» (Ayacucho).²⁹

Estas referencias tienden a confirmar que «terrucos» era una expresión usada comúnmente en la región de Ayacucho hacia 1982 y 1983, y que se había originado entre los pobladores locales. Después de todo, era en esta zona donde SL se había iniciado y donde operaba con mayor intensidad en los primeros años de lucha armada. Es significativo, por ejemplo, que en su relato sobre dicha masacre, escrito en junio de 1983, Mario Vargas Llosa use el término con aparente naturalidad y sin necesidad de explicarlo a sus lectores: «Félix Gavilán [...] pidió a su mujer que pusiera en su maletín de viaje una sábana blanca que podría servir de enseña de paz en caso de que se encontraran en el camino con los “sinchis” o los “terrucos”». Y más adelante indica: «Luna Ramos [el conductor del vehículo en que viajaban los periodistas] recuerda que no dejaban de reírse y bromear y que, por ejemplo, a Eduardo de la Piniella, que llevaba una casaca verde, le decían que vestido así cualquiera lo confundiría con un “terrucos” o un “sinchi”». ³⁰ Es posible que justamente a raíz de la masacre de Uchuraccay —un episodio que puso el tema de la violencia por primera vez en el foco de atención de gran parte del Perú— el uso del término «terrucos» terminara por generalizarse en el resto del país, aunque también aquí carecemos de evidencias concluyentes.

Si bien todo indica que el término fue usado primero por habitantes de la región de Ayacucho, no queda claro si se originó entre gente ordinaria —para poder referirse a los «terroristas» sin mencionar esa palabra— o si se trató de una expresión introducida en el habla popular por miembros de

²⁹ Nieto Degregori, Luis. «Vísperas». En Faverón, Gustavo (ed.). *Toda la sangre. Antología de cuentos peruanos sobre la violencia política*. Lima: Grupo Editorial Matalamanga, 2006, p. 231. Testimonios sobre la masacre de Uchuraccay tomados muchos años después también reflejan el uso de la expresión «terrucos» por parte de los comuneros para identificar (falsamente) a los periodistas como miembros de SL: Juan Argumedo, el guía, fue «acusado» por los campesinos de ser «compinche terrucos» de los senderistas, y luego del asesinato, los comuneros decidieron que «a estos perros ladrones y terrucos no podemos enterrar en nuestro cementerio» (CVR, *Informe final*, t. V, pp. 97-98).

³⁰ Vargas Llosa, Mario. «Historia de una matanza». En Vargas Llosa, Mario. *Contra viento y marea, 1964-1988*. Barcelona: Seix Barral, 1990, t. III, pp. 159 y 167.

las fuerzas armadas y policiales. La antropóloga Kimberly Theidon sugiere esta última hipótesis:

Entre los términos utilizados para describir a los senderistas están: *terrucos*, *plagakuna*, *malafekuna*, *tutapuriq*, *purigkuna* y *anticristos*. Cada uno de estos términos refleja la condensación de inquietudes respecto de la maldad y la monstruosidad, también captadas por los muchos campesinos que insistían que los senderistas “habían caído de la humanidad”. *Terrucos* es un derivado de terroristas y fue un préstamo proveniente del discurso castrense acerca de los senderistas.³¹

Es claro que los militares introdujeron en el habla cotidiana el uso del término «terrorista» para referirse a los senderistas. No resulta tan claro si su transformación en «terrucos» se originó al interior del discurso castrense, como sugiere Theidon, o si los militares se apropiaron de un término que ya estaba siendo usado por la población y le dieron un significado y una intencionalidad nuevas. Si lo que ocurrió fue lo segundo, convirtieron lo que probablemente era un término descriptivo, aunque no necesariamente neutral, en un arma verbal que contribuyó decisivamente a la estigmatización no solo de los miembros de los grupos subversivos (a quienes estaba dirigido en principio), sino también de los pobladores indígenas en general, activistas de derechos humanos, periodistas independientes y críticos de las políticas contrasubversivas del gobierno.

¿Cuál es el origen lingüístico del término? Aquí entramos en un terreno aún más incierto y lo único que puedo ofrecer son especulaciones. Es común entre poblaciones quechuahablantes «quechuizar» palabras del español cambiándoles la terminación por «uco», como en Santuco o Antuco, por ejemplo, que son usadas para referirse a Santiago y Antonio, respectivamente.³² De hecho, la expresión «terrucos» tuvo una versión aún más corta: «tucos».³³ Terrucos, por lo tanto, sería el resultado de la

³¹ Theidon, Kimberly. *Entre prójimos. El conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2004, pp. 176-177.

³² Agradezco a Zoila Mendoza sus acertados comentarios y sugerencias sobre este tema.

³³ Julio Hevia, en su glosario de jerga peruana, incluye la expresión «tucos» y le otorga, curiosamente, un doble significado: pitucos y terrucos (Hevia, *¡Habla, jugador!*, p. 341). El autor no incluye en su lista una entrada diferente para la palabra «terrucos».

«quechuzación» de la palabra «terrorista». Sin embargo, hay algunos autores, como Carlos Huamán, que establecen una relación mucho más directa con el quechua. En su estudio sobre la «cosmovisión quechua/andina», Huamán sugiere una conexión entre *terrucu*, *tuco* y *tuku*, una palabra quechua que significa búho, considerado en la cultura andina como un ave que trae mala suerte.³⁴

Cualesquiera sean sus raíces lingüísticas, parece claro que la palabra «terrucu» se originó en la región de Ayacucho y, nos inclinamos a pensar, por un proceso espontáneo de creación popular. Pero hacia 1983, si no antes, esa expresión ya había empezado a ser usada de manera consistente por las fuerzas del orden. Con el correr del tiempo, el término pasó a convertirse en una expresión de uso común en casi todo el país y en diferentes tipos de contextos. Era empleado en conversaciones privadas y cotidianas, pero también solía aparecer en la prensa escrita de la época. Expresiones comunes en esos días, como «pareces terrucu» o «tiene pinta de terrucu», revelan las asociaciones que se establecían entre «terroristas» y ciertos rasgos físicos, como veremos más adelante. Poco a poco, el término fue convirtiéndose en una expresión multivalente y que podía adaptarse a otros usos. Niños inquietos, por ejemplo, eran llamados —afectivamente, se entiende— «terruquitos». El empleo de la expresión llegó también, inevitablemente, a la literatura, y aparece en cuentos como el de Nieto Degregori antes citado y en las novelas *Lituma en los Andes* (1993), de Mario Vargas Llosa, y *Rosa Cuchillo* (1997), de Óscar Colchado, entre muchas otras.³⁵

El epíteto de «terrucu» y su poder estigmatizador fueron empleados agresivamente contra quienes trabajaban en la protección de los derechos humanos o en la defensa legal de los detenidos. Los abogados de aquellas personas acusadas de terrorismo eran considerados simplemente «abogados de terrucos» y, por lo tanto, ellos mismos también, de alguna manera,

³⁴ Huamán, Carlos. *Atuqkunapa Pachan = Estación de los zorros. Aproximaciones a la cosmovisión quechua-andina a través del wayno*. Lima: Ediciones Altazor, 2006, p. 131.

³⁵ Vargas Llosa, Mario. *Lituma en los Andes*. Barcelona: Planeta, 1993; Colchado, Óscar. *Rosa Cuchillo*. Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal, 1997.

terroristas.³⁶ Mujeres de toda edad que buscaban información sobre sus familiares eran constantemente abusadas verbal y físicamente cuando visitaban estaciones de policía o cuarteles militares: «vieja terruca, te voy a abalear», «fuera de aquí vieja terruca», son algunas de las expresiones que aparecen en los testimonios recogidos por la CVR.³⁷ Una mujer fue al cuartel militar de Concepción acompañada por las autoridades de su comunidad, Astanya, para indagar sobre el paradero de su esposo, pero en lugar de recibir atención y ayuda fueron amenazados y expulsados de allí. Los soldados les increparon: «a qué vienen, váyanse terrucos, ¿todos quieren morir? [...] los terrucos como tú ya murieron, vayan a ponerse luto». La familia entera empezó entonces a ser llamada «familia de terrucos» y «terrucos de mierda».³⁸ Los parientes de detenidos organizados en la ANFASEP (Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú) fueron «percibidos y estigmatizados como familiares de “terrucos” y por lo tanto sus demandas silenciadas y tergiversadas».³⁹

Como resultado de esto, cualquier asociación con terroristas (reales o supuestos) se convirtió en un estigma culposo, por lo que muchas personas —abogados, periodistas, amigos e incluso familiares— prefirieron romper cualquier relación con aquellos que estaban ya contaminados por dicho estigma. Conocer a alguien que «había caído», como se decía en esos años, fuera culpable o inocente, generaba una intensa ansiedad debido a las posibles conexiones que la policía o el ejército iban a establecer. Incluso al interior de las prisiones se produjeron tensiones conforme se iban llenando de personas acusadas de subversión. Los presos comunes y aquellos detenidos que reclamaban su inocencia

³⁶ De la Jara, Ernesto. *Memoria y batallas en nombre de los inocentes, Perú 1992-2001*. Lima: Instituto de Defensa Legal, 2001, p. 286.

³⁷ CVR, *Informe final*, t. VII, pp. 62 y 76.

³⁸ *Ib.*, t. VI, p. 62.

³⁹ *La desaparición forzada de personas en el Perú (1980-1996)*. Lima: Defensoría del Pueblo, 2002, p. 256. Ver también Tamayo, Ana María. «ANFASEP y la lucha por la memoria de sus desaparecidos (1983-2000)». En Degregori (ed.), *Jamás tan cerca arremetió lo lejos*, pp. 95-134.

buscaban generalmente mantenerse al margen de cualquier contacto con los senderistas. Jorge Espinoza Sánchez, recluido en el penal Castro Castro, convirtió su celda en una especie de biblioteca carcelaria con los libros que recibía de sus parientes. Los presos, incluyendo algunos senderistas, solían tomar prestados algunos de estos libros. Uno de sus compañeros de celda le increpó duramente:

¡Maldito! Por tu culpa nos van a condenar a los tres. ¿Por qué les prestas libros a esos terrucos de mierda? Todo el día vienen a visitarte, tú crees que los cachacos son ciegos, todos saben que de aquí salen los libros para las demás celdas, van a pensar que somos terrucos. ¡Por tu culpa nos van a joder maldito! ¡Tú también eres terrorista!⁴⁰

Pero la asociación más fuerte que se estableció fue aquella entre «terruco» e indígena o serrano. Como notó, entre otros, Alberto Flores Galindo, ser de Ayacucho se convirtió en estigma, en sinónimo de subversivo. Ser ayacuchano era ser «terruco».⁴¹ Un maestro ayacuchano que trabajaba en Lima ofreció su testimonio:

Nos decía “terruco”, hasta en el colegio mismo. Los profesores “oye terruquito” me decían. Había una profesora joven, tenía miedo de hablar del Sendero. “Ah tú eres, tú has sido terrorista”, me pregunta un día. “Ah, sí”, le digo. Desde ahí me tenía como miedo, se asustó. Cuando yo le contaba, como le estoy contando hoy día, cómo mataban, hasta se ponía a llorar. Después se hizo mi amiga... Yo era el único ayacuchano y Ayacucho estaba sonado como senderista, todo el mundo era senderista para ellos y mis compañeros me tenían cierto recelo, no tenía mucha amistad. Decían “si le hacemos algo qué tal nos mata”... pero yo les hablaba, les trataba de hacer entender que eso no era así como lo piensan ellos, que yo no he sido senderista.⁴²

⁴⁰ Espinoza Sánchez, Jorge. *Las cárceles del emperador. Testimonio personal*. Lima: Ediciones Cultura Peruana, 2002, p. 250.

⁴¹ Ver el epígrafe de Flores Galindo al comienzo de este artículo. Recuerdo claramente haber escuchado en esos años bromas entre amigos que se referían a algunos de ellos, naturales de Ayacucho, como «terrucos», pese a que nadie consideraba seriamente que ellos pudieran estar de alguna manera involucrados en actos subversivos.

⁴² CVR, *Informe final*, t. VIII, p. 212.

Esta identificación entre migrante ayacuchano o serrano y terrorista no ocurría solamente en Lima o las ciudades de la costa. Desplazados de las zonas de conflicto que migraban a ciudades localizadas en los Andes también sufrían el mismo recelo y desprecio por parte de los pobladores locales, como le ocurrió a un desplazado que se dirigió a Huancayo:

Entonces, ahí llegando a las capitales nos marginan, ya llegaron las sobras de los terrucos, es decir soy de Huancavelica, Ayacucho, Apurímac éramos senderistas, éramos acusados por terrorismo, llegando a las ciudades por ejemplo en Huancayo, éramos totalmente desconocidos nosotros para el resto nos miraban como a unas personas raras, como si tuviéramos cachos algo no, con una indiferencia total... todas esas cosas hemos pasado y seguimos pasando los desplazados.⁴³

La asociación entre rasgos físicos andinos y la dedicación a algún tipo de actividad intelectual (estudiante, profesor, escritor) podía resultar fatal para personas inocentes. Como escribió Rocío Silva Santisteban:

[E]l paradigma máximo del terruco era un estudiante retaco, moreno, de pelo negro y apelmazado, de lentes y camisa a cuadros, chompita beige tejida a palito, y pantalón de gabardina lustroso, que además portara una mochila incaica con un libro rojo en el interior. Así se imaginaban los policías, los militares, la prensa y las madres angustiadas de las cachimbas de letras al sanmarquino que profesaba ideas políticas extremistas.⁴⁴

El estigma se propagó por toda la sociedad. Tener amigos ayacuchanos, viajar a Ayacucho o simplemente mostrar algún interés por la historia o la cultura de esta región se convirtieron en fuente de sospecha, lo que mucha gente buscaba evitar. En las ciudades, especialmente en Lima, las trabajadoras domésticas, la mayoría de ellas de origen indígena, fueron también objeto de escrutinio y con frecuencia de hostilidad: sus empleadores recelaban de ellas y en el fondo las consideraban, si no militantes senderistas, al menos «terrucas» en potencia. La asociación entre terruco e indio fue internalizada por amplios sectores de la

⁴³ *Ib.*, t. VIII, p. 73.

⁴⁴ Silva Santisteban, Rocío. «El mito del terruco sanmarquino». *Domingo* (Suplemento dominical de *La República*) (20 de junio de 2010), p. 27.

población y especialmente por las fuerzas del orden, encargadas de la lucha antisubversiva. La CVR lo resumió con claridad:

De parte de las Fuerzas Armadas y Policiales se observa una asociación entre la pertenencia étnica y la participación en los grupos subversivos. Se juntan dos palabras en una sola y aparece una nueva: *indio-terruco* que sirve para designar a la población campesina en su conjunto. Bajo esta estrategia se produce una identificación falaz entre los indios y los subversivos de modo tal que “todo indio/india es terruco/a”. Se trata de una asociación perversa que hace caer sobre el indio y la india toda la culpa, el odio y el resentimiento de la población. Del lado de las Fuerzas Armadas, esta es una manera de cargar de significados negativos a muchos campesinos y campesinas que eran objeto de sospechas y víctimas de violencia injustificada. Esta imagen del *indio-terruco* va a funcionar a la manera de los estereotipos de *indio cochino*, *indio ocioso*, *indio traidor*, elaborados por los grupos dominantes.⁴⁵

Esta asociación entre indio y terruco, naturalmente, no quedó solo en la esfera de las percepciones, las mentalidades o los discursos: se tradujo en prácticas cotidianas de maltrato, tortura, violación y muerte contra todos aquellos que portaban el estigma, como veremos en la siguiente sección.

DEL ABUSO VERBAL AL ABUSO FÍSICO: DETENCIÓN, TORTURA, MUERTE Y VIOLACIÓN

Aunque el uso de la palabra «terruco» se hizo muy común entre la población peruana, el aspecto más dramático de esta dispersión por el tejido social fue, sin duda, su apropiación por las fuerzas del orden. Para los soldados y policías encargados de la represión contra los grupos alzados en armas, un «terruco» no era necesariamente alguien que había cometido actos terroristas, sino alguien que era sospechoso de haberlos cometido o de haber colaborado con terroristas, tenía el aspecto físico que (supuestamente) los terroristas debían tener o se le podía de alguna manera asociar con los movimientos armados. No sorprende por ello constatar la muy estrecha relación entre el uso de la palabra «terruco» como insulto incriminador y el ejercicio de la violencia física.

⁴⁵ CVR, *Informe final*, t. VIII, p. 71.

Los testimonios son abundantes. «Una mañana [de 1984] llegaron a mi casa los civiles de Chungui, con sus cuchillos y sogas diciéndome: dónde está tu esposo carajo, entrérganos a tu esposo terruco si no quieres morir». ⁴⁶ En marzo de 1984, un comunero de Rancagua fue detenido como sospechoso por soldados que inmediatamente empezaron a insultarlo: «Terruco de mierda, ahora vas a contar todo, si quieres vivir». Luego le cortaron una oreja y lo obligaron a comérsela. El comunero tuvo que obedecer la orden. «Calladito entre lágrimas se comió su propia oreja». ⁴⁷ Pocos meses después, en agosto del mismo año, en la comunidad de Tinca, los soldados obligaron a la población a reunirse en la plaza usando todo tipo de insultos: «vayan a la plaza concha tu madre», «terruco de mierda». Allí, apresaron y golpearon a 18 personas; luego, les cortaron las lenguas y orejas. A uno de ellos le gritaron: «tú mismo terruco vas a comer», y fue obligado a comerse la oreja «cuando estaba sangrando». ⁴⁸ Alfonso Castiglione, un periodista de Huacho injustamente detenido en 1993 y que habría de pasar tres años en prisión, narró en su libro de memorias *El Preso 3008* que cada vez que Sendero perpetraba atentados terroristas —asesinatos o voladuras de torres de alta tensión, por ejemplo— los guardias de la prisión «se ensañaban con nosotros». Los detenidos eran obligados a permanecer por largas horas echados en el piso sin moverse, mientras los policías les gritaban: «¡Terrucos de mierda! ¡Un solo movimiento y les volamos la cabeza!». ⁴⁹

De hecho, no resulta exagerado sugerir que la manera más común que usaban policías y soldados para dirigirse a los sospechosos y detenidos era, bajo cualquier circunstancia, la de «terruco» o «terruca». «Asesinos» es otro término recurrente en los testimonios. «Perros» y «perras» también

⁴⁶ Jiménez, Edilberto. *Chungui. Violencia y trazos de memoria*. Lima: Comisión de Derechos Humanos, 2005, p. 124.

⁴⁷ *Ib.*, p. 128. Ver otros ejemplos en las pp. 130, 132, 172, 180 y 202.

⁴⁸ Cit. en Aroni Sulca, Renzo Salvador. «Aprendimos a convivir con los senderistas y militares»: violencia política y respuesta campesina en Huamanqui, 1980-1993». *Investigaciones Sociales*. XI/17 (2006), p. 275.

⁴⁹ Castiglione Mendoza, Jesús Alfonso. *El preso 3008. Testimonio de un periodista en prisión*. Lima: Asociación Nacional de Periodistas del Perú, 2003, p. 38.

aparecen con frecuencia. Otras alternativas (tratarlos como «señores» o «señoras», por ejemplo) eran vistas como demasiado blandas y, de hecho, inapropiadas para aquellos que eran considerados como seres inferiores y hasta desechables. En el contexto de la guerra, la intimidación era vista como crucial para obtener resultados, de modo que tratar agresiva y violentamente a los sospechosos y detenidos devino en la norma. Cuando un detenido pedía agua o cualquier otro servicio mínimo, la respuesta era casi siempre violenta: «¡Que se callen esos terrucos de mierda! ¡Qué se han creído, asesinos hijos de puta? ¡Que esto es un hotel, carajo!».⁵⁰

Personas de origen indígena eran víctimas de detenciones y abusos frecuentes y arbitrarios durante esos años de violencia política. Un estudiante que había llegado a Lima para asistir a una conferencia y compró algunos libros de filosofía fue aprehendido arbitrariamente por la policía mientras caminaba hacia la casa de su hermano. Cuando se identificó como un estudiante de Apurímac, el agente de policía dijo inmediatamente: «Ah, este es un terruco», y procedió a llevarlo a una comisaría.⁵¹ Una residente de Aymaraes, en Apurímac, fue a visitar a su padre, que estaba detenido. Un capitán de policía le espetó: «chola de mierda, a qué vienes. Ese viejo terrorista no va a salir de acá, vamos a matarlo aquí mismo. Te vamos a cortar a ti también terruca de mierda, a qué vienes».⁵²

Dada la ubicuidad del término «terruco» y las poderosas resonancias emocionales que generaba (un terruco, por definición, no merecía ser tratado como un ser humano), no sorprende encontrar su presencia constante en las innumerables sesiones de tortura perpetradas por distintos grupos de fuerzas del orden durante la guerra sucia. Según Elaine Scarry, la tortura incluye dos fases o elementos: el acto físico de infligir dolor y el «acto verbal» del interrogatorio. Este último acto, a su vez,

⁵⁰ Espinoza Sánchez, *Las cárceles del emperador*, p. 27.

⁵¹ Trinidad, Rocío. «El espacio escolar y las memorias de la guerra en Ayacucho». En Jelin, Elizabeth y Federico Guillermo Lorenz (comps.). *Educación y memoria: la escuela elabora el pasado*. Madrid: Siglo XXI Editores, 2004, p. 34.

⁵² CVR, *Informe final*, t. VIII, p. 104.

contiene dos partes: «la pregunta» y «la respuesta».⁵³ Marjorie Agosin también alude a este tema en referencia a la tortura en Chile: «El uso del lenguaje constituye una de las dinámicas de la tortura porque todo acto de tortura presupone un torturador que utiliza el lenguaje de la autoridad para interrogar a la víctima».⁵⁴ Conviene precisar, sin embargo, que el interrogatorio no siempre acompaña el acto de tortura física. El «acto físico» es infligido con o sin el propósito de conseguir una «respuesta». El objetivo de la tortura puede ser, a veces, simplemente someter a la víctima a un castigo, demostrar de lo que son capaces los que tienen el poder, humillar al detenido o buscar «ablandarlo» para luego intentar conseguir una confesión.⁵⁵

Con o sin interrogatorio, el lenguaje de la autoridad y el poder se hace omnipresente en los actos de tortura en la forma de insulto y abuso verbal. En su magistral tratado, Scarry no explora la centralidad del abuso verbal durante las sesiones de tortura, y las referencias a este tema son muy escasas en la extensa literatura en torno a estas prácticas, pese al hecho de que los testimonios de las víctimas hacen constantes referencias a ello. Scarry escribe sobre la capacidad de la tortura para «destruir el lenguaje», es decir, para arrebatar el vehículo de expresión de los prisioneros y permitir al torturador monopolizar el control sobre la forma de expresión por excelencia.⁵⁶ Sin embargo, Scarry no presta atención a los insultos verbales y su rol en el proceso de infligir

⁵³ Scarry, Elaine. *The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World*. Nueva York: Oxford University Press, 1987, p. 35.

⁵⁴ Agosin, Marjorie. «Notes on the Poetics of the Acevedo Movement Against Torture». *Human Rights Quarterly*. 10/3 (1988), pp. 339-343.

⁵⁵ En el prefacio al libro *The Question*, de Henri Alleg, publicado originalmente en 1958 para denunciar el uso de la tortura por parte del ejército francés contra los independentistas argelinos, Jean-Paul Sartre resumió la dinámica de la tortura y las motivaciones de los torturadores: «quieren convencerse ellos mismos y a sus víctimas de su poder invencible [...] lo más importante es hacer sentir a los prisioneros que ellos no pertenecen a la misma especie: por tanto son desnudados, golpeados, ridiculizados; los soldados van y vienen, profiriendo insultos y amenazas con terrible frialdad» (Sartre, Jean-Paul. «Preface». En Alleg, Henri. *The Question*. Lincoln: University of Nebraska Press, 2006, p. xxxii).

⁵⁶ Scarry, *The Body in Pain*, p. 54.

humillación, dolor y miedo. En la Argentina, durante la guerra sucia, por ejemplo, los presos políticos eran golpeados mientras se les llamaba «zurdos de mierda». En otros casos, se les forzaba a repetir, mientras eran torturados, «mi madre es una puta».⁵⁷

La tortura fue aplicada sistemáticamente en el Perú durante el periodo de la guerra interna. Se practicaba en estaciones de policía, cuarteles militares y prisiones, en las propias casas de las víctimas, en lugares solitarios como playas y matorrales, e incluso en plazas y otros espacios públicos.⁵⁸ La CVR llegó a la conclusión de que la tortura no fue un fenómeno aislado, sino una práctica recurrente del Estado y las fuerzas del orden: «La tortura en interrogatorios y las detenciones indebidas, que habían sido frecuentes en el trato con la delincuencia común, adquirieron un carácter masivo durante la acción contrasubversiva».⁵⁹ Las formas de tortura replicaban las prácticas crueles y sadistas que, por desgracia, son ampliamente conocidas por haber sido empleadas en distintas épocas y sociedades, por lo que no hace falta describirlas ahora.⁶⁰ Lo que quisiera resaltar es el hecho de que, según la mayoría de testimonios, el insulto estaba casi siempre presente en las sesiones de tortura, y entre ellos, ninguno más frecuente que «terrucos» o «terruca».

⁵⁷ Garzón, Baltazar y Vicente Romero. *El alma de los verdugos*. Barcelona: RBA, 2008, pp. 70 y 113.

⁵⁸ Un miembro del comando de autodefensa de la comunidad de Carcose, en Huancaavelica, fue torturado en enero de 1992 en plena vía pública durante un desfile dominical. Había sido amedrentado por SL y por eso no informó sobre una incursión de este grupo. Al enterarse los militares, «le tiraron al suelo golpeándolo con un palo, dándole patadas y puñetes, aduciendo que era colaborador y cómplice de los senderistas; “me golpearon en el suelo con patadas, con un palo que era su bastón, terminó encima de mí, quedaron todos pedazos, me dejó torpe en el suelo, todo estirado”. Precisa que la tortura fue en presencia de todos los ronderos, durante una hora, hasta que terminara el desfile» (CVR, *Informe final*, t. VI, p. 162).

⁵⁹ CVR, *Informe final*, t. VIII, p. 250.

⁶⁰ No hay muchos estudios sobre la tortura en el Perú. Una excepción es el libro de Renshaw, Ricardo. *La tortura en Chimbote. Un caso en el Perú*. Chimbote: Instituto de Promoción y Educación Popular, 1985. He dedicado algunas páginas al abuso policial y otras formas de violencia autoritaria en mi libro *Denle duro que no siente. Poder y transgresión en el Perú republicano*. Lima: Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos, 2008.

Veamos algunos ejemplos. En Apurímac, en 1989, Óscar Tello Molina fue «torturado malamente» durante varios días y en diversas estaciones de policía. «Hasta la dentadura me han sacado». Y luego continúa:

En Abancay estuve quince días. Ahí nos llevaron incomunicados, estamos a un costado en la mesa, en pasadizo, amarrados, ojos vendado[s], maltratados, arrodillados y nos daba orines. Hasta pedíamos dice, algunos eran conscientes los señores, los soldados, nos daba agüita. Hasta orines tomábamos, nos maltratan, nos decían tú eres terruco, muere.⁶¹

Cuando fue llevado a la cárcel de Huaraz, el periodista Castiglione fue también sometido a maltratos y tortura:

Me llevaron al sótano donde corría abundante agua. Aquí empezó la verdadera pesadilla de una secuela de torturas brutales. Tras desnudarme, me colocaron en la muñeca restos de cámara de llanta para que no se notaran las huellas y me colgaron de los brazos. «¡Terruco de mierda! Ya sabemos todo de ti», me increpaba el coronel Cueva Retuerto. A cada momento querían que me autoinculpara. Estuve en esa posición hasta que perdí el conocimiento. Cuando me descolgaron sentí los dos brazos muertos. No los podía levantar. Luego me introdujeron la cabeza en un cilindro de agua helada con detergente y procedieron a aplicarme descargas eléctricas en los genitales hasta quedar casi muerto. Luego, cada noche, era despertado, golpeado e insultado: «Terruco de mierda».⁶²

Jorge Espinoza Sánchez, detenido en el penal Castro Castro, describe el caso de otro detenido que imploraba mientras él y un grupo de presos estaban siendo maltratados: «Señor, soy un hombre enfermo, soy inocente, no nos dan de comer, tengo hambre, tengo hambre». «¿Tienes hambre? Cómete este varazo terruco conchadetumadre. Le respondió el cachaco asestándole un violento golpe en la cabeza».⁶³ Isaías, un pastor de ganado en Churcampá, Huancavelica, fue detenido y torturado por militares sin otra razón aparente que la de ser indígena:

⁶¹ CVR, *Informe final*, t. VI, p. 89.

⁶² Castiglione, *El preso 3008*, pp. 25-26.

⁶³ Espinoza Sánchez, *Las prisiones del emperador*, p. 213.

“Habla indio de mierda, qué estabas espionando, quién te ha enviado, dónde está el resto de terrucos”. Luego le propinó un golpe en el pecho con la culata de su arma e Isafas cayó al suelo. Los demás soldados aprovecharon para patearle con la punta de sus zapatos en todas partes del cuerpo. Después lo levantaron del suelo jalándolo de los cabellos y le propinaron puñetazos y cachetadas.⁶⁴

El cuartel Los Cabitos, en Ayacucho, se convirtió en sinónimo de tortura y muerte para los sospechosos de terrorismo. Allí, como han documentado diversas investigaciones, se torturaba, asesinaba e incluso se incineraba a detenidos acusados de terroristas, para lo cual se construyó un horno dentro del recinto militar.⁶⁵ Según la CVR, al menos 136 personas fueron asesinadas en Los Cabitos. De acuerdo con el testimonio de un soldado que hizo su servicio en dicho cuartel entre 1983 y 1985, un teniente conocido como Cadena «descuartizó a plena luz del día a un hombre delante de todos los soldados, y como ya había una fosa común abierta se cruzó en ésta un palo que sirvió como durmiente para arrojar el cadáver y luego lo volaron con dinamita». Poco después, varias mujeres fueron llevadas al cuartel, golpeadas, asesinadas y arrojadas a la fosa común: «Así mueren los terrucos», fue la frase que acompañó estas acciones.⁶⁶

Los testimonios sobre las sesiones de tortura y los consiguientes insultos se multiplican. Tampoco estuvieron ausentes los insultos durante la llamada «masacre de los penales», en junio de 1986, cuando cientos de presos senderistas fueron asesinados al deponerse un motín en tres cárceles limeñas. Los presos senderistas de Lurigancho que ya se habían rendido fueron obligados a salir del pabellón mientras los guardias gritaban: «Terrucos concha de sus madres, salgan con la cabeza abajo, manos en la nuca». Una vez afuera, fueron acribillados y la mayoría de ellos, asesinados.⁶⁷ Según el testimonio de un vigilante penitenciario

⁶⁴ CVR, *Informe final*, t. VIII, p. 94.

⁶⁵ Ver, por ejemplo, Uceda, Ricardo. *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del ejército peruano*. Bogotá: Planeta, 2004; y CVR, *Informe final*, t. VII, pp. 70-86.

⁶⁶ CVR, *Informe final*, t. VII, p. 83.

⁶⁷ Uceda, *Muerte en el Pentagonito*, p. 168.

de Lurigancho, «vi a un guardia que tenía una herida en la cabeza y que estuvo un cuarto de hora en el tópic del hospital y al rato lo vi corriendo, regresando al combate, a seguir en la matanza, diciendo: “Me voy a vengar de estos terrucos”». ⁶⁸

El maltrato físico y verbal contra las víctimas de la violencia y sus familiares no se limitaba a las sesiones de tortura ni tampoco, claro está, a los recintos militares y policiales. Cuando algún ciudadano denunciaba haber sido sometido a tortura y buscaba el apoyo de algún médico legista que pudiera constatar los golpes recibidos, era tratado con indiferencia y hasta crueldad:

Yo llegué a la puerta... entonces el médico legista simplemente dijo “¿quién es esa persona?... fulano de tal... ¡ah!, entonces el fulano no tiene nada. Además, los terrucos no tienen ningún derecho, los terroristas son terroristas, y así estén por mitad de cuerpo, nosotros no justificamos, porque ellos se lo merecen”. Eso es lo que decía. ⁶⁹

Dos frases tomadas de estos testimonios grafican por sí solas la poderosa conexión entre el insulto, el estigma y sus consecuencias en el contexto de una guerra brutal: «los terrucos no tienen ningún derecho» y «así mueren los terrucos». Los «terrucos», estigmatizados como seres infrahumanos e irracionales, merecían, a ojos de las fuerzas del orden, un trato brutal e incluso la muerte. Cualquier otra forma de tratarlos hubiera sido no solamente inmerecida, sino además inútil. En otra ocasión, el 12 de diciembre de 1992, un guardia ebrio ingresó a un pabellón del penal Castro Castro con un arma en la mano mientras gritaba: «Terrucos de mierda. ¿No quieren chupar conmigo? Conchadesumadres les meto bala, carajo. *Los mato y no pasa ni mierda*». ⁷⁰ La expresión no puede ser más reveladora tanto del carácter desechable que se atribuía a los detenidos/terrucos como de la impunidad que estaban seguros de tener los miembros de las fuerzas del orden.

⁶⁸ Cristóbal, Juan. *¿Todos murieron?* Lima: Ediciones Tierra Nueva, 1987, pp. 128-129.

⁶⁹ CVR, *Informe final*, t. VI, p. 166.

⁷⁰ Espinoza Sánchez, *Las prisiones del emperador*, p. 235. El énfasis es mío.

Una de las formas más atroces de maltrato utilizadas durante la guerra sucia fue la violación sexual. Testimonios como el de Giorgina Gamboa revelan la crueldad y sadismo del abuso contra mujeres. Giorgina, una joven natural de Vilcashuamán, fue salvajemente violada y golpeada por siete sinchis (agentes de la brigada contrasubversiva de la policía) en 1984. Su testimonio fue uno de los más dramáticos que se escucharon durante las audiencias públicas que organizó la CVR. «Traumada», «loca», «totalmente muerta» son algunas de las expresiones con las que Giorgina intentó transmitir los efectos que sobre ella tuvo la brutal acción de los policías.⁷¹

La ferocidad de la violación, subraya Jean Franco, casi siempre está acompañada de un «lenguaje abusivo, discriminatorio». Franco menciona el caso de una mujer sometida a violación anal y vaginal mientras los soldados le gritaban: «perra traidora del Perú, así vas a morir».⁷² Una vez más, el insulto más común que acompañaba el abuso sexual y la violación parece haber sido el de «terruca». Una mujer de Chungui contó que en 1984 fue violada por un senderista. Luego llegaron los militares, «pero eran también abusivos, llevaban a las mujeres a la base militar y peor hacían con las mujeres de los supuestos senderistas. Abusaban de ellas diciéndoles terrucas. Una vez, un teniente vino a mi casa y entró, luego cerró la puerta y me agarró a la fuerza y me violó».⁷³ Giorgina Gamboa fue golpeada y violada mientras los sinchis le decían «tú eres [...] terroco, tú tine que hablar».⁷⁴ M.G.A. fue detenida en marzo de 1985 en Manta, distrito de Huancavelica, conducida a la base militar y abusada sexualmente por seis soldados. «Ahora te voy a colgar, terruca —le decían mientras era violada— ahora vas a declarar cuántas torres has tumbado».⁷⁵

⁷¹ El testimonio de Giorgina Gamboa está reproducido en Silva Santisteban, Rocío. *El factor asco. Basurización simbólica y discursos autoritarios en el Perú contemporáneo*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2008, pp. 169-174.

⁷² Franco, Jean. «Rape as a Weapon of War». *Social Text*. 25/2 (2007), p. 27. La cita original aparece en CVR, *Informe final*, t. VI, p. 249.

⁷³ Jiménez, *Chungui*, p. 74.

⁷⁴ Silva Santisteban, *El factor asco*, p. 171.

⁷⁵ CVR, *Informe final*, t. VIII, p. 82.

Una mujer detenida en las oficinas de la DINCOTE fue sometida a vejámenes sexuales mientras un policía decía: «está buena esta terruca».⁷⁶ Mujeres y niñas eran violadas delante de sus esposos o padres como una manera de obligarlas a confesar. Un caso entre muchos fue reportado así en el informe final de la CVR:

Un testimoniante cuenta que fue conducido junto a su esposa al mar, donde fue desnudado y duramente torturado, al igual que su esposa con los ojos vendados y las manos amarradas a la espalda. Le hicieron escuchar cuando interrogaban a su esposa y le decían: “Habla terruca de mierda, porque tu esposo ya nos dijo la verdad”. Él alcanzó a oír que les respondía: “Yo no sé nada, no sé nada, si mi esposo ha hablado, el problema háganlo con él, yo quiero ver a mis hijos”. Y después le quitaron la venda de los ojos y vio que su esposa y él estaban completamente desnudos, boca abajo y con las manos atadas hacia atrás, sobre la arena. Uno de los policías le dijo: “Mira, compadre, no queremos hacerte daño, solamente quiero que nos digas dos cosas [...] y te vamos a dar libertad a ti y a tu señora”. Al ver que no tenía nada que decir, violaron sexualmente a su esposa y a él lo golpearon duramente hasta que perdió el conocimiento. A su esposa la dejaron en libertad luego de 11 días, después de haber sido ultrajada en presencia del declarante.⁷⁷

En 1984, un grupo de treinta soldados ingresó a una vivienda en Vilcashuamán, donde pocas horas antes un senderista había también entrado y la dueña de casa le había servido desayuno. Ella ofreció su testimonio a la CVR:

“Nos desvistieron total y nos colgaron a nosotros y a mi abuela [...] en la viga con las manos atadas atrás, ahí le rompieron los brazos” a la anciana. Posteriormente la anciana fue soltada de la viga y sometida a violación sexual: “la estiraron encima de la mesa, en la sala. Por la vagina y por el ano le metieron fierro caliente”. Los perpetradores fueron aproximadamente 5 militares, diciéndole: “dónde está tu hijo terruco”. Después le “echaron kerosene y le prendieron fuego”. Aproximadamente a las 11 de la mañana, uno de los jefes llamó a los soldados y les dijo: “Llévense a esta vieja y por ahí mátenla”.⁷⁸

⁷⁶ *Ib.*, t. VI, p. 237.

⁷⁷ *Ib.*, t. VI, p. 469. Ver también p. 247.

⁷⁸ CVR, *Informe final*, t. VI, p. 258.

La violación es otro ejemplo de la conexión entre la tortura como un «acto físico» y el uso de insultos (terruca, puta, traidora) que deshumanizan a las mujeres y las reducen simbólicamente a objetos. La inmensa mayoría de mujeres abusadas sexualmente durante la guerra sucia peruana fue de condición indígena.⁷⁹ Cada violación reforzaba, simbólica y materialmente, la estructura de dominación patriarcal y étnica imperante en la sociedad peruana desde hace siglos. Jean Franco se pregunta, de manera provocadora, si cada violación podría ser interpretada como una reproducción de la conquista española y como un intento de culminar el trabajo de represión antiindígena iniciado por ella.⁸⁰ En todo caso, el abuso sexual de mujeres durante la guerra sucia peruana fue un ingrediente central, no accesorio, de la práctica contrasubversiva de las fuerzas del orden. El testimonio de un infante de marina sugiere que, desde la visión de los perpetradores, este tipo de prácticas crueles y sádicas era el resultado inevitable de la guerra: «Aquí uno aprende a ser mierda», sostuvo el infante luego de describir la violación en grupo de una mujer indígena («todos pasaron de uno en uno con la pobre chola») y su posterior asesinato («ya después le dimos curso»).⁸¹ No hace falta decir que tal «aprendizaje» solo era posible en el contexto de unas relaciones de poder —militar, étnico, de género— absolutamente asimétricas.

El informe final de la CVR resumió así la violencia sexual contra mujeres durante dicha guerra:

Un elemento que se debe considerar en el análisis de estos procesos de violencia sin límites, especialmente con actos de violencia sexual, es la relación que existe entre guerra, masculinidad y violencia [...] se pasa de la apropiación de bienes de las familias y poblados a la apropiación de la sexualidad de las mujeres, en un contexto de creciente insensibilidad frente a la muerte del otro [...]. En algunos casos, las mujeres víctimas de violencia fueron vistas como “parte del enemigo subversivo” y como tal debían ser

⁷⁹ Lo mismo se pudo constatar en Guatemala. Ver Franco, «Rape as a Weapon of War», p. 24.

⁸⁰ Franco, «Rape as a Weapon of War», p. 29.

⁸¹ Cit. en Manrique, Nelson. *El tiempo del miedo. La violencia política en el Perú, 1980-1996*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2002, p. 328.

objeto de humillación y vejación. En ellas se vengaban los odios y rencores que el propio escenario violento configuró. Ellas eran vistas no sólo como “terrucas” sino también como madres, hermanas o hijas de terrucos y, por tanto, objeto de violencia y barbarie.⁸²

CONCLUSIÓN

Durante el periodo de la guerra sucia en el Perú, la demonización del enemigo —en este caso, los grupos subversivos— hizo posible que se justificaran, a los ojos de muchos peruanos, los abusos y atrocidades cometidos contra miembros de dichos grupos y contra personas inocentes. El Estado y sus agentes, así como amplios sectores de la opinión pública, se convencieron de que la única manera de derrotar a los grupos alzados en armas era el uso de políticas de intimidación y mano dura, incluyendo formas ilegales de represión. Según Sofía Macher, ex integrante de la CVR, «la mayoría piensa que está bien matar a un senderista».⁸³ Los senderistas y los sospechosos de serlo fueron sujetos a un proceso que Rocío Silva Santisteban ha llamado «basurización simbólica».⁸⁴ Según la autora, se formó desde comienzos de la década de 1980 «un discurso autoritario, violento, radical y necio y con el absoluto apoyo del gobierno y la prensa favorable. Desde estos inicios se fue instituyendo una manera de pensar: los “terrucos” debían ser desechados a cualquier costo».⁸⁵

El uso constante y generalizado del término «terrucos», he sugerido en este artículo, contribuyó decisivamente a la formación de este discurso autoritario y a la puesta en práctica de atroces violaciones a los derechos humanos. «Terrucos» reunía en sí todos los elementos que explícita o implícitamente eran asociados a los miembros de los grupos subversivos, pero que también han sido históricamente atribuidos a los indios y serranos: violento, irracional, fanático, antipatriota. La CVR, como vimos anteriormente, subrayó la asociación entre indio y terrucos

⁸² CVR, *Informe final*, t. VIII, p. 71.

⁸³ Cit. en Burt, *Political Violence*, p. 198.

⁸⁴ Silva Santisteban, *El factor asco*, p. 61.

⁸⁵ *Ib.*, pp. 98-99.

que se formó en el imaginario militar, la cual condujo a culpar a las poblaciones indígenas por la violencia que la sociedad peruana estaba soportando y a justificar los abusos de los militares contra ellas. Aquellos que eran considerados «terrucos» (hayan sido o no miembros de los grupos armados) se convirtieron en seres desechables, que no merecían consideración humanitaria o protección legal. Rocío Silva Santisteban ha enfatizado la confluencia de valores militares, patrióticos y religiosos en la conformación de un discurso autoritario según el cual «el “terrucos” pierde su condición de ser humano para pasar a ser apenas un resto».⁸⁶ La misma autora, luego de comparar el tratamiento otorgado a los terrucos con el que recibieron los judíos en los campos de concentración nazi, agrega, invocando a Giorgio Agamben: «el *homo sacer* andino y quechuahablante, el “terrucos” en buena cuenta, es el cuerpo racializado e impregnado de mandatos políticos (destruirlo es salvar a la nación)».⁸⁷

La privación de la condición humana de aquellos acusados de terrorismo, así como la asociación que se estableció, en el discurso y en la práctica, entre terrucos e indios, no fue exclusiva de las fuerzas armadas, y terminó contaminando a amplios sectores de la sociedad peruana. Y es aquí donde esta forma de estigmatización alcanza su connotación más peligrosa: sirvió para insensibilizar y narcotizar a muchos peruanos respecto de las atrocidades cometidas en su nombre y en nombre de la defensa de valores (democracia, civilización, patria) que, según ellos, se veían amenazados por la violencia irracional de los grupos armados. Así como ocurrió en la España franquista con el epíteto de «rojo», que fue grabado a sangre y fuego sobre los cuerpos, las acciones y las memorias de quienes habían defendido la república y se oponían al dictador,⁸⁸ el uso de la palabra «terrucos» tuvo el efecto de estigmatizar a una serie de actores sociales —defensores de derechos humanos, estudiantes, ciudadanos de origen indígena, entre otros— y, de paso, hacer posible y aceptable

⁸⁶ Silva Santisteban, Rocío. «La mente de Jesús Sosa». *Domingo* (Suplemento dominical de *La República*) (6 de abril de 2008), p. 27.

⁸⁷ Silva Santisteban, *El factor asco*, pp. 102-103.

⁸⁸ Sevillano, Francisco. *Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil*. Madrid: Alianza Editorial, 2007.

el uso indiscriminado de la violencia de Estado contra cualquiera que podía ser identificado como integrante de los grupos alzados en armas. El legado de esta palabra, en suma, fue y es mucho más perverso de lo que a primera vista parece: no resulta exagerado atribuir a su uso una gran dosis de responsabilidad en las atrocidades cometidas durante la guerra sucia, como este artículo ha intentado demostrar.

CODA

El uso de la palabra «terrucos» ha ido declinando progresivamente, como sería lógico esperar dado que la violencia subversiva ha sido en la práctica eliminada y la sociedad peruana no está sometida a las mismas tensiones políticas y psicológicas de las décadas de 1980 y 1990. Sin embargo, no ha desaparecido del todo, y reaparece con relativa fuerza en momentos de álgidos debates sobre el pasado reciente y la política actual. Uno de los espacios donde se usa con mucha frecuencia es el de los blogs. Allí, la palabra «terrucos» se utiliza para desacreditar a dirigentes y militantes de izquierda, activistas y miembros de ONG, defensores de los derechos humanos y otros sectores considerados «simpatizantes» de SL. APRODEH, una ONG dedicada a la defensa de los derechos humanos, es calificada de «ONG proterruca» en una entrada del 29 de octubre de 2011.⁸⁹ Comentarios anónimos que usan la palabra «terrucos» reproducen todavía los mismos argumentos y prejuicios que estuvieron en boga durante la guerra interna. Basta citar uno, que fue escrito en diciembre de 2011 en referencia al ajusticiamiento de miembros del MRTA ya rendidos luego de la recuperación de la residencia del embajador japonés en 1997: «será duro lo que diga pero terruco es terruco y si fue ajusticiado ya rendido, fue lo mejor, mucho daño le causaron al país, y sabían a lo que iban».⁹⁰ Incluso altas autoridades del Estado han recurrido

⁸⁹ Ver <<http://laguadaniia.blogspot.com/2011/10/cuanto-ganan-los-defensores-de-terrucos.html>>.

⁹⁰ El comentario aparece en la página web del diario *Perú 21*: <<http://peru21.pe/2011/12/27/actualidad/derechos-humanos-son-solo-terroristas-2004929>>. En esta y las demás citas de blogs, hemos corregido la ortografía para facilitar la lectura.

en ocasiones al uso de la palabra «terrucos» con el objeto de convencer a la opinión pública apelando a las poderosas resonancias que dicho término evoca. Ántero Flores Aráoz, ministro de Defensa en 2008, se expresó así sobre los campesinos coccaleros de la zona del río Mantaro: «Allí no se está jugando a ladrones y celadores como se hacía en el colegio. Esta es una zona de combate donde han tratado de bajarse helicópteros. La gente que está en Vizcatán son terrucos, no son los niños cantores de Viena».⁹¹

Durante la campaña electoral de 2011, Ollanta Humala y sus seguidores fueron muchas veces descritos como «terrucos».⁹² Nuevamente, el término se usaba para sugerir tanto una supuesta proximidad con los grupos terroristas como la procedencia «indígena» del candidato y sus simpatizantes. Recordemos que en varias ocasiones estos últimos fueron objeto de comentarios racistas por parte de periodistas y políticos que se oponían a dicha candidatura. Lo irónico es que el propio Humala, ex comandante del ejército, había participado en la lucha contrasubversiva y sobre él pendían serias acusaciones de violaciones a los derechos humanos en la zona de Madre Mía.⁹³ Pero quizás el periodo en que más afloró el término «terrucos» fue durante el juicio a Alberto Fujimori por corrupción y violaciones a los derechos humanos.⁹⁴ Los seguidores del ex presidente, en un intento por desacreditar a todos aquellos involucrados en la querrela —familiares de víctimas, activistas de derechos humanos,

⁹¹ *La República* (2 de noviembre de 2008). En <<http://www.larepublica.pe/02-11-2008/antero-flores-llama-terrucos-pobladores-de-vizcatan>>.

⁹² El uso de insultos, incluyendo epítetos raciales, contra Ollanta Humala está consignado en una nota de Esteban Valle-Riestra en el blog La Mula. Ver <<http://lamula.pe/2011/04/11/racismo-e-intolerancia-en-el-facebook-de-ollanta-humala-presidente/esteban2500/danielavila>>.

⁹³ Sobre la conducta de Humala durante la guerra, véase Coordinadora Nacional de Derechos Humanos. *Contexto de violencia en la región nororiental y sucesos de la Base Militar de “Madre Mía” (1992): el caso del ex capitán EP Ollanta Humala Tasso*. Lima, 2006.

⁹⁴ Fujimori fue extraditado al Perú desde Chile en septiembre de 2007. Su juicio duró hasta abril de 2009, cuando fue sentenciado a 25 años de prisión por violaciones a los derechos humanos. Los principales documentos relacionados con el juicio al ex presidente se encuentran disponibles en el portal del Instituto de Defensa Legal. Ver <http://www.justiciaviva.org.pe/especiales/juicio_af.php>.

fiscales, abogados, testigos y otros— reiteraban constantemente la supuesta complicidad de estos con los grupos subversivos. Criticar las violaciones de derechos humanos cometidas durante el gobierno de Fujimori y, más aún, buscar su condena en los tribunales eran presentados como prueba de una supuesta simpatía por SL y el MRTA. «Terruco» fue, nuevamente, la etiqueta que se colocaba sobre todos aquellos que consideraban un acto de justicia la condena a Fujimori. Producida la sentencia que condenó al ex presidente a 25 años de prisión, una frase leída y escuchada con frecuencia fue: «los terrucos deben estar celebrando». Un comentarista escribió: «No hay derecho a juzgar a Fujimori, menos por esos terrucos de la Cantuta o por esos malos militares que informaron mal y se dieron los excesos, pero estábamos en una guerra con el terror».⁹⁵ Otro simpatizante fujimorista escribió en 2009: «El chino solucionó el problema económico que teníamos, de una hiperinflación pasamos a un país estable y en crecimiento, además liquidó o eliminó (no es matar por si se mal interpreta) a los terrucos, los famosos apagones, los paros armados, etc.».⁹⁶

La asociación entre terrorista e indio continúa informando este tipo de comentarios y el uso de la expresión «terruco». Debates recientes sobre las inversiones mineras y la resistencia que ofrecen sectores de la población, incluyendo comunidades indígenas, han generado una vez más comentarios racistas (los indios, se sostiene, son ignorantes y se resisten a aceptar las ventajas de la modernidad) y acusaciones de «terrorismo» hacia quienes expresan puntos de vista críticos sobre determinadas políticas de inversión en la extracción de recursos naturales. Un comentarista resumió así el tono y contenido de algunos debates en torno al libre mercado en el Perú:

Ignorante, bruto, comunista, cholo, cachaco, subversivo, radical, intolerante, indio, burro, terruco, rojo, analfabeto, y muchísimos otros, son solo algunos de los adjetivos del variopinto lenguaje utilizado por los conductores y

⁹⁵ En <<http://www.elfondodelvaso.com/2007/12/10/video-juicio-de-fujimori-suspendi-do-por-ataque-de-hipertension/>>.

⁹⁶ En <<http://blog.dhperu.org/cgi-sys/defaultwebpage.cgi>>.

directores de programas televisivos y periódicos, cuando algún advenedizo osa cuestionar algunos de los sacrosantos preceptos del liberalismo.⁹⁷

Existen en el Perú ciertos hábitos mentales que se resisten a cambiar: el racismo, el autoritarismo y el desprecio por lo indígena siguen informando la visión del mundo de muchos peruanos. Durante las últimas décadas se han producido cambios notables en la sociedad peruana, y la ecuación entre color de la piel y estatus socioeconómico se ha vuelto mucho más compleja. Con todo, y quizás precisamente porque los indios, en la percepción de muchos, «se han salido de su sitio», el Perú sigue siendo un país donde ser indio conlleva el estigma de la inferioridad y la exclusión. Y pese a que vivimos en una sociedad supuestamente democrática, los rasgos autoritarios, que adquirieron dimensiones tan dramáticas en los años de la guerra interna, no han desaparecido todavía. Lo que escribiera Alberto Flores Galindo en 1985 mantiene todavía, lamentablemente, una ominosa vigencia:

[El maltrato a los presos] funciona porque condensa otras prácticas similares que transcurren más allá de las prisiones. Mencionamos la servidumbre doméstica, pero hubiéramos podido recordar a la familia —niños y mujeres golpeados—, a la escuela, a las instituciones policiales y militares. Una verdadera gangrena, más difundida de lo que podemos suponer y que es un eficaz medio de propagación del autoritarismo y la frustración.⁹⁸



⁹⁷ En <<http://quibonoperu.wordpress.com/2011/05/22/el-nuevo-fundamentismo/>>.

⁹⁸ Flores Galindo, Alberto. «Pensando el horror». En Flores Galindo, Alberto. *Tiempo de plagas*. Lima: El Caballo Rojo Ediciones, 1988, p. 190.